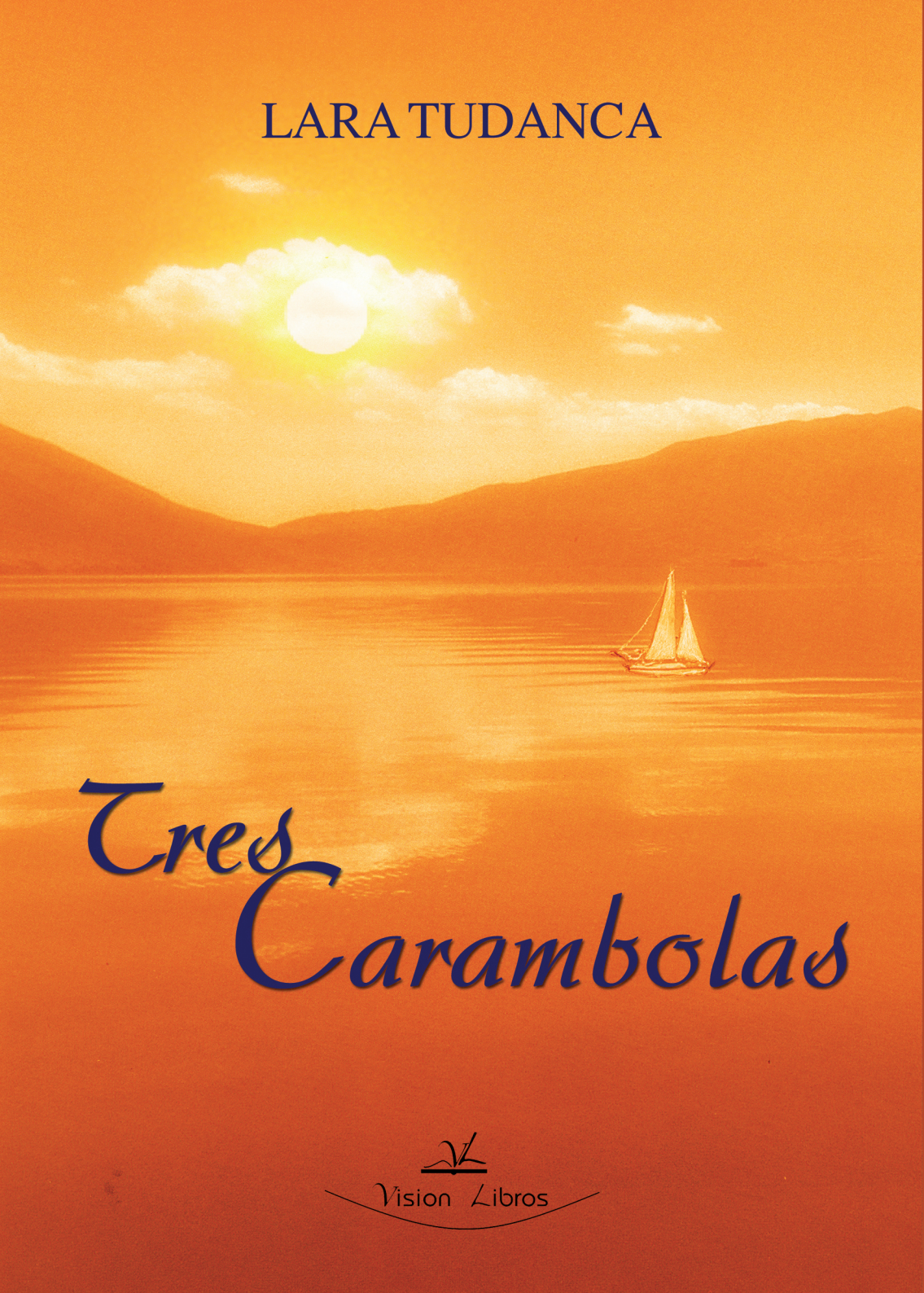
LARA TUDANCA



Tres Carambolas

Vision Libros

Tres carambolas

LARA TUDANCA

TRES CARAMBOLAS

Vision Libros

Tres carambolas
© Lara Tudanca
© Editorial: Vision Libros
Calle San Benito 21 Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN papel: 978-84-9886-398-7

ISBN ebook: 978-84-9011-738-5

Diseño base cubierta: Marian González,
reflejandoelazul@visionnet.es

Maquetación: Daniel Hernando
daniel@visionnet.es

Distribuye y produce:
Distribuidora de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis,
Local. 28029 Madrid.

Pedidos a. pedidos@visionnet.es
www.distribuciondepublicacion.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

A María, que me presentó al indio suplicante.
A Ester, que encontró la carta en la botella.
A Karl, que vivió historias extraordinarias en la Segunda Guerra Mundial y me las contó.

¿ UN MILAGRO ?

En el aire nervioso, expectante, del vestíbulo que reunía a los pasajeros ante la puerta número 17, trepidó la voz filtrada y gangosa de la azafata de turno: *Se informa a los señores pasajeros de que, por causas técnicas, el vuelo 692, con destino a Roma, sufrirá un retraso de treinta minutos. Les rogamos disculpen las molestias*. Un murmullo heterogéneo se elevó de entre el personal que aguardaba y yo volví a preguntarme, cómo es posible que seamos capaces de hablar con los astronautas que flotan tan ricamente por los espacios siderales y no logremos hacer que la megafonía de los aeropuertos suene un poco más a calor humano y un poco menos a robótica de hojalata. Pero allí estábamos, atrapados en el último minuto y, conscientes de ello, las personas que permanecían de pie cerca de la salida se apresuraron a buscar un asiento. Los que teníamos alguna experiencia en aquellas lides, nos dispusimos a sacar de las bolsas de mano la revista, el periódico, algo en fin que nos ayudara a pasar, más o menos entretenidos, el tiempo de espera. Los tres asientos contiguos al mío fueron ocupados con presteza por unos muchachos que, evidentemente, no eran clientes asiduos de los vuelos internacionales.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—¡Esperar, qué remedio! A ver si es verdad lo de la media hora.

—¡Qué faena! ¿Y si aprovechamos para dar otra vuelta por las tiendas? —propuso el más alto de los tres.

—Nos las sabemos de memoria y no vamos a comprar nada. Como no salgamos fuera a sacarnos la foto frente al letrero del Aeropuerto, que con tus prisas tontas se nos ha olvidado…—recordó el mayor.

Como a la sugerencia siguió un silencio evidentemente lleno de dudas, aparté mis ojos de la revista que había abierto e intervine, por ese pálpito de complicidad que suele surgir entre personas que comparten un viaje largo.

—Mucho me temo que no. Una vez presentado el Pasaporte quedamos definitivamente fichados y no podéis volver a la zona exterior, al menos en demoras tan pequeñas.

—¡Vaya lata! —se lamentó el más joven, un rubio de cara simpática. —Parece que sucede esto muy a menudo ¿Viaja usted mucho en avión?

—Sucede de vez en cuando y hay que tomárselo con filosofía. El problema ha debido surgir a última hora y no debe ser grave, en alguna ocasión me ha tocado esperar varias horas y hasta días.

—¡No se habrá roto el cacharro ese! ¡Tendría gracia que nos diera un disgusto! Es nuestro primer viaje en avión — explicó el chico rubio.

Sonreí y supongo que no pude evitar ese tono paternal hijo de la experiencia.

—¡Imposible!, yo tengo billete de ida y vuelta.

Rieron los tres y pareciéndome que no rechazaban la conversación, decidí aprovechar la oportunidad para practicar una de mis aficiones favoritas, charlar con la gente

—Me figuro que alguna de las lucecitas del cuadro de mandos se habrá puesto a parpadear de modo imperti-

nente. Lo estarán revisando a fondo y no sé que pensareis vosotros, pero —les miré por encima de mis gafas, exagerando el gesto ridículo y haciendo gala de mi despreocupación—, creo yo, que es mejor que se aseguren.

El primero que había hablado se sumó a mi tono de broma.

—¡Qué comienzo Nacho! —dijo dando a su amigo una palmada en la espalda—. ¿Has hecho testamento antes de hacer la maleta?

—¿Miedo a volar? —pregunté observando la expresión tensa del aludido, que en vano trataba de disimular.

—¡Qué va! — protestaron los otros dos muchachos—, sólo un pelín de reparo.

—Pero, ¿cómo es posible? — exclamé con un aire de seguridad absoluta. El avión es el medio más fiable para moverse por el mundo. A mí los percances siempre me han sucedido en coche y alguno, hasta en bicicleta.

—Ya, eso dicen todos —arguyó el presunto cobardica—, pero aquí si te caes no lo cuentas. Finito. ¡Se acabó!

—Pero ¿qué dices, loco! —terció el que no había hablado aún —¿Cómo nos vamos a caer si vamos con toda esa peregrinación —y señaló a un numeroso grupo de personas que se arracimaban junto al ventanal que daba a las pistas.

—¿Es una peregrinación?

—Sí. Hemos hablado con ellos en la cafetería. Van a la beatificación de no sé que misionero, en el Vaticano —me contestó el más alto—. Y digo yo que el santo ese no les puede hacer una picia a sus fans. Pues estaría bueno, ¡adiós beatificación!

Reímos todos la ocurrencia, realmente eran tres chicos simpáticos.

—¡Nada! —afirmé yo— eso tiene que acabar tranquilizándonos. Y vosotros ¿a qué vais a Roma?, si puede saberse, claro.

—Puede, es un viaje estrictamente profesional —contestó el mayor con un gesto decididamente ampuloso. Estamos estudiando Historia del Arte.

—Pues chicos, lo vais a pasar estupendamente. Aparte de encontrar un país que no tiene desperdicio, hasta es posible que os tropecéis con alguna que otra romana, digna representante de una especie que, por cierto, tiene bastante relación con la Historia de su Arte —afirmé, exagerando mi pretendido conocimiento de la materia.

Las caras de los tres jóvenes se animaron inmediatamente. Esa clase de ensalmos son remedio seguro, para alejar los espíritus agoreros en los chicos de 19 ó 20 años, que era la edad que aparentaban mis jóvenes acompañantes.

—¿Conoce usted Italia bien? ¡Cuente, cuente! —me animaron los tres— ¿de que van las chicas por allí?, porque de las películas no nos fiamos mucho.

—Bueno, ¿qué os puedo decir? Según me trasmiten, porque comprenderéis que mis relaciones con ellas ya no son lo que eran, van de todo, desde la bofetada al acoso. Más o menos como aquí, depende de lo que busquéis y dónde. Lo que sucede es que los romanos, hombres y mujeres son muy espontáneos, amables por naturaleza mediterránea; es fácil llegar a ellos. Os enterareis enseguida del terreno que pisáis.

—¿Lo ves Nacho? Esto va a ser formidable —se prometió el jefe de la expedición.

—Bueno —aceptó el aludido visiblemente animado, entrando en la vena frívola de sus amigos—, Bien pensado, después de hacer un milagro o siete, porque digo yo que el misionero ese habrá tenido que hacer milagros para que lo santifiquen, ¿no? —y señaló al grupo que permanecía junto al ventanal—. Sería muy feo que les fallara ahora.

—¡Este chico es increíble! —interrumpió el mayor y acentuando el tono de chanza se volvió a su amigo—. ¿Pero tú piensas que a estas alturas se puede creer en los milagros, enano?

El rubio se revolvió inquieto.

—Mira, no nos metamos en berenjenales. Yo no digo ni que sí ni que no, pero respeto lo que ellos creen. Al fin y al cabo, antes de subirlo a los altares suelen investigarlo a fondo y algo extraordinario habrá hecho el hombre para merecerlo.

—Ya, lo que pasa es que tú has ido a un colegio de frailes durante mucho tiempo —arguyó el tercer chico, apoyando la guasa del jefe.

—Yo no quito ni pongo rey— intervino el primero, ya mas serio—, pero se me hace muy difícil pensar, que toda esa gente crea realmente que un muerto pueda hacer milagros. Lo que pasa es que una excursión a Roma es una excursión a Roma y un poco de jolgorio nunca viene mal. ¿No le parece? —dijo dirigiéndose a mí.

Me divertía la controversia y como mi edad me concedía ciertas libertades, le contesté, para su sorpresa, saliendo en defensa del muchacho que, consciente de que

estaba en minoría, se había replegado un tanto mohíno, tras un gesto más bien adusto.

—Pues yo no voy en esa peregrinación, ni en ninguna otra, pero a pesar de los aires que ahora estamos respirando y a las puertas del siglo XXI, aquí donde me veis, yo sí creo en los milagros.

—¡Vaya corte, macho! —exclamó el aludido mientras simulaba devolver un golpe a su compañero. Y volviéndose hacia mí, me agradeció con una sonrisa el apoyo que le prestaba—. No parece que sea usted una abuelita beata, supongo que sus razones tendrá.

—Pues sí, las tengo — y dejé pasar unos segundos de suspense antes de proseguir. —De uno por lo menos, he sido testigo.

—¡No fastidie! Sería un globo sonda…—apuntó el tercero socarrón.

Volvimos a soltar la carcajada.

—No señores, nada que ver con OVNIS.

—Hombre, esto es mejor que pasear por los chiringuitos de ahí afuera, ¿por qué no nos lo cuenta?

—Si queréis…, está bien. Luego os podréis reír un rato a mi costa.

—Aquí de burlas, nada. Somos personas muy serias — y el líder del grupo me dirigió una mirada, en la que brillaban el interés y la guasa a partes iguales.

—Queda claro que nada de lo que yo diga puede ser utilizado en mi contra —sentencié yo levantando la mano a la americana y encantado por su atención—. Comenzaré por presentarme: Soy periodista a ratos, arqueólogo de vez en cuando, investigador siempre y reportero cuando hace falta; pero esas son diferentes face-